

La raíz hispánica en la literatura argentina:

Eduardo Mallea

María Luisa BURGUERA

En primer lugar resumiré brevemente los datos biográficos del autor, Eduardo Mallea y las características de su obra en general, insistiendo en la vinculación entre dos géneros por él utilizados: la novela y el ensayo. A continuación y sin respetar el orden cronológico, puesto que sigo un orden de intensidad y profundidad temática, me fijaré en primer lugar en su ensayo *La vida blanca* que aparece en 1960 y en en segundo lugar a *Historia de una pasión argentina*, que se publica en 1938. Sintetizaré el contenido pero haré hincapié en la raíz hispánica del pensamiento de Mallea. Por último propondré unas conclusiones en relación con el pensamiento filosófico español actual que intentan aportar cierta comprensión al objetivo de nuestro análisis, es decir poner de manifiesto la raíz hispánica en el pensamiento del autor argentino.

Comenzaré pues con esos **datos biográficos**. Nació en 1903, en Bahía Blanca y murió en Buenos Aires, en 1983. Frecuentó a Ricardo Güiraldes, a Alfonso Reyes y estuvo relacionado con el grupo "Martín Fierro". Fue director durante muchos años del periódico *La Nación*. En el año 1926 publicó su primer libro *Cuentos para una inglesa desesperada*. Realizó un largo viaje por Europa del que regresó en 1934. En 1938 publicó *Historia de una pasión argentina*, obra en la que proponía un seductor nacionalismo y que alcanzó enorme éxito. A raíz de todo ello se convirtió en la figura indiscutible de su generación, pero la experiencia de la política en Argentina hizo que fuera objeto de feroces e infundados ataques. Sus obras más destacables son *Fiesta en noviembre* (1938), *La bahía de silencio* (1940) y *Todo verdor perecerá* (1941); igualmente *Las águilas* (1943), *Chaves* (1953) y *La red* (1968) entre otras novelas, pero el juicio de los que le siguieron fue severo, por esas razones antes aludidas, y también porque fue considerado a veces excesivamente retórico. Sin embargo su obra es de testimonio, de denuncia y de gran profundidad, ya que evidencia el vacío de la sociedad actual y la frustración del individuo frente a ella. Además es uno de los creadores de la novela ciudadana en hispanoamérica.

Según el crítico y prologuista de la edición del volumen I de su *Obra Completa* (Buenos Aires, Corregidor, 1986) Mariano Picón Salas, la primera **característica de la obra de Mallea** es la conciencia intelectual de tal manera que al principio sus primeras producciones parecen fundir géneros aparentemente distantes como el ensayo y la novela; le sigue el reflejo de la convulsión de las ideas de nuestra época junto con la búsqueda de nuevos valores éticos. El primero de estos elementos característicos según el crítico citado encuentra su razón de ser en el hecho de que el hombre de las más significativas novelas del siglo XX no se contenta con actuar y vivir sino que también quiere explicarse y explicársenos. “Cada tiempo se expresa en el género literario que necesita. Y no es hecho casual que junto a lo puramente narrativo en algunos grandes novelistas de nuestra época la novela se aproxime al ensayo” (op. Cit., p. 13). Por otra parte el abundante material discursivo de Mallea es quizás una condición de su misma y elaborada complejidad.

Pero lo que se destaca en el autor es que logra una forma de relatar que coincidiendo con la de los europeos del siglo XX, es particularmente argentina en cuanto que el conflicto no es solo universal, sino algo más propiamente americano. El reflejo desde una latitud hispanoamericana de la angustia de la época fue la gran aportación de la novelística de Mallea. Contó como ayuda con el rigor de su cultura y la capacidad para crear presonajes y situaciones y sobre todo la virtud de recrear el frío paisaje del sur argentino con un mar siempre presente como telón de fondo para la ubicación de unos seres que sienten y sufren su desproporción con la grandiosidad del espacio.

A continuación nos detenemos en su ensayo *La vida blanca*. En el prólogo afirma el autor: “Ojalá, hombre preocupado, hombre del fondo y no del caparazón de esta tierra, lo que aquí vas a leer halle en ti el mismo espíritu, la misma congoja, la misma fe, la misma ferviente inmoderación con que fue escrito.” (Op. Cit., p. 28).

Comienza el autor *La vida blanca* aludiendo al **origen** de Argentina. “Veníamos de la más alta historia. Veníamos de una historia de grandeza y caballería magna... Veníamos de la gran tradición mediterránea y de una corriente estupenda de la historia universal. Veníamos de ese país en el origen de cuya constitución ideal descubriría el trágico genio de Ganivet un elemento moral, un fondo religioso, el estoicismo... Veníamos de un pueblo que heredó de Roma latina el estilo cristiano y que después de conquistarse a sí misma para la Cruz y otro continente para la humanidad y dar al mundo un Siglo de Oro y a la

leyenda un Hernán Cortés... y a la piedad las figuras más altas de la inspiración mística, se atrevió todavía a perder todo eso y a marchar a contratiempo de los tiempos para buscarse de nuevo en nueva historia. Veníamos del pueblo que dio la variedad más grande de genio en términos humanos y en lo alto de cuyo destino parece perdurar la adustez tremenda de Castilla” (op. Cit., p. 29)

Refiere Mallea el nacimiento de un país, Argentina, y afirma que éste fue fruto no de una revolución sino de una **resolución**. Pero al poco tiempo ese país que quería y podía ser grande perdió la visión de su querer histórico, perdió al igual que sucedió en España al comienzo de la decadencia “un proyecto sugestivo de vida en común” según Ortega y Gasset. Y llegó la **desmoralización**. Es entonces cuando se pregunta el autor por **la razón de esa postración** y responde que gran parte de las formas de vida se han transformado en fórmulas. “Pensamos... que vivir bien bastaba como principio... creímos que la universalidad era testimonio de extranjerismo, lo que estaba muy mal. Porque para alcanzar la universalidad no es menester ser rico en disparidad sino ser rico en unidad”(op. Cit., p. 38). Las virtudes universales no son las más exportables sino las más exclusivas e intransferibles. “Así lo más universal de España no es el color local... sino el resplandor trágico y la religiosidad profunda oculta en el misterio de su pueblo. Nosotros, sigue el autor, pensamos que bastaba con que nos parecíamos a Europa para ser casi europeos. Con lo cual quedábamos casi argentinos y muy poco europeos. Nos abandonamos a un próspero y feliz pragmatismo” (op. Cit., p. 38). Y se ocultó lo mejor que tenía el país: “Un alma altiva, una capacidad de desinterés espléndida, una inmensa vocación de ayuda humana, una honradez sin crepúsculo ni alarde, un corazón, una inteligencia accesibles a toda clara emoción... un noble y permanente autodomínio ... la quieta dignidad argentina” (op. Cit., p. 55).

Muchas son las **pruebas de la decadencia**, pero el autor señala dos fundamentalmente la disminución del lenguaje y la disminución de la literatura. Todo hace pensar que lo que Argentina reclama urgentemente es su recomienzo puesto que se ha llegado a ser el país del primer esfuerzo. Últimamente no se ha vivido apasionadamente como en los primeros tiempos en los que se conjuntaba la pasión y la voluntad. Hay que decidirse por la **resolución** a actuar y dejar de llevar una vida blanca. “El color de nuestra vida, he ahí el problema, es una ausencia de color: nuestra vida es una vida blanca” (op. Cit., p. 70). La prueba más evidente es que la monotonía impera en las relaciones individuales. El **pragmatismo** se ha convertido en el valor supremo de la vida, ya que todo lo que el alma entraña de espiritual ennoblecimiento se desdeña.

Hasta la literatura, la historia, la ciencia se adoptan en sus vertientes más interesadas, y según el autor es un “triste error” creer que “lo que sirve está hecho de lo típicamente útil o pragmático... Lo que sirve está hecho, al revés, en gran manera, de facultades aparentemente inservibles”(op. Cit., p. 71). Además la vida nace de un juego de tensiones y resistencias, del conflicto entre ellas, y por el contrario “la vida blanca supone un evitamiento de todo conflicto íntimo” de manera que “en los seres de vida blanca todo se decide en actos medios y nada se resuelve hasta sus fines”... Se atreven sin atreverse del todo, rozan las virtudes y los defectos sin asumirlos, viviendo, en suma, sin llegar a vivir realmente (op. Cit., p. 75). Y la vida blanca es una vida de expatriados. De ahí que los argentinos verdaderos sean en las ciudades seres de alma nostálgica. Porque no tienen residencia para su alma, porque siempre van buscando sin hallar más que las apariencias. Los progresos técnicos, que contentan a los americanos del norte, no bastan “Quizá la categoría máxima de los argentinos sea en su faz más genuina la seriedad, seriedad que no es solemnidad” (op. Cit., p. 80). Y explica que esta seriedad difiere de las potencias trágicas insertas en el alma española. Cuando llegue el añorado día en el que desaparezca del país la vida blanca, se sustituirá en el pensamiento el prejuicio por el juicio, y no se confundirán tres elementos sustanciales: patria, Estado y nación, dado que el estado es una unidad política, la nación es una unidad histórica y la patria, una unidad espiritual. Si el Estado, administrativo y jurídico, se ha superpuesto a la nación, el valor humano espiritual, popular debe asumir su sentido de patria. Los grandes Estados no han nacido de virtudes de gobierno sino de virtudes populares (op. Cit., p. 92). Los sucesivos gobiernos han prescindido del factor espiritual, no ha habido vehículos de unificación y así se ha llegado a un punto en el que “Si los argentinos nos miramos a nosotros mismos, veremos que en cada uno hay una parte que, como en el país, no se ha cumplido, una parte cuya vocación de ser, de sentir, de servir, se ha quedado anestesiada y sin función” (op. Cit., p. 98). Se hace necesario levantar el cuerpo social, así se hará al país un gran servicio. A ese “traer el fondo a la vida” le llama el autor “**necesidad de resolución**”. “Habremos de vivir, afirma, de manera que la resolución espiritual del país borre el último rastro de vida blanca”. Todo ello le lleva en el Epílogo a hacer una hermosa **profesión de argentinismo**: “Si mil veces tuviera que elegir, mil veces elegiría nacer de nuevo en las costas de mi tierra, crecer entre sus ríos, ... Si mil veces tuviera que elegir, mil veces elegiría escuchar los modos de su voz, ver los matices de sus rostros, ...Si mil veces tuviera que elegir, mil veces elegiría la suerte múltiple de ser mil veces argentino”(op. Cit., p. 110).

Así pues hemos visto cómo en el prólogo de la obra el autor expresa una intención e insta al lector a que sienta lo mismo que él, hay una evidente intención de identificación entre autor, narrador y receptor. Se refiere luego al origen del país y a su raíz hispánica y a la resolución que lleva al nacimiento de Argentina como nación. Pero pronto llega la desmoralización, la decadencia. Analiza la razón de la postración, da pruebas de esa decadencia e insiste en el pragmatismo como causa fundamental que hace que la vida se haya convertido en lo que él denomina “vida blanca”. Explica este concepto y termina con lo que se podría decir una profesión de argentinismo.

Nos detendremos a continuación en *Historia de una pasión argentina*. En el **prefacio** afirma el autor que siente la necesidad de gritar a causa de su tierra, de ahí nace esta reflexión y también este amor. De la pérdida de la argentinidad nace el deseo de otra Argentina con conciencia en marcha, con sabiduría natural y con el recuerdo de nuestro origen anterior.

La obra aparece dividida en trece capítulos. En el primero titulado “El Atlántico” cuenta su **nacimiento**, sus recuerdos de infancia, de familia, de aquel padre cirujano, culto y abnegado, de su madre, aquella mujer laboriosa, de su primer amigo, “aquel viento que venía del océano”, y en suma de aquella vida difícil en un clima rígido y sin consolación. Recibe una educación esmerada, como correspondía a una familia de la burguesía, de una burguesía idealista y recuerda que su primer contacto consciente con la tierra argentina se produce en los albores de la **adolescencia** durante “la largas tardes solitarias de la ciudad del sur” (op. Cit., p. 129) De un colegio británico, en el que le enseñaron el orden, pasó al colegio nacional con profesores argentinos algo indolentes. Y en resumen, de aquellos primeros años quedaron en su ánimo huellas profundas: “El contacto con esta naturaleza de nobleza y amor inmanentes llenaba mi taciturnidad de un gozo repentino. De nada he tenido nunca hambre más viva que de esta especie de hombres en quienes la ley terrible de vivir se redime por una efusión pletórica de la naturaleza y el corazón” (op. Cit., p. 129). Lo inmóvil frente a lo móvil, lo que es estático y sin vida frente al amor. Por eso llega a afirmar que la caridad engendra fe y esperanza.

A partir del capítulo segundo titulado “La metrópoli” cuenta la llegada de la familia a Buenos Aires y su vida en la ciudad; todo le parecía grande y extraordinario. **Adolescencia y comienzos de la juventud**, deslumbramiento y plenitud, y también nacimiento de su vocación literaria: “Mi vocación literaria comenzó a manifestarse en una necesidad de crear mitos cuya sensible

belleza fuera similar a la que producía en mí tan grande efecto” (op. Cit., p. 138).

Aprende en unas clases de boxeo a perder sin protestar, a no ostentar, pero también aprende que los grandes poetas han hecho por el conocimiento del mundo sensible mucho más que los grandes físicos. Comienza a desear la proximidad de las gentes cerca de las que se pudiera realizar el aprendizaje de la inteligencia (op. Cit., p. 140). Admira a los creadores y desprecia a los eruditos. Ello le lleva a la compañía de los grandes insurrectos de la literatura. Pero sobre todo se siente solo “Solitario frente al mundo y el espacio” comienza a preguntarse por el **sentido de la vida**, ante las fotografías terribles de la gran guerra. Y cada día en la Facultad se encontraba no con maestros sino con hombres vacuos y petulantes y se repite así la historia eterna del rebelde adolescente.

Buenos Aires aparece siempre como gran telón de fondo: “Tardes, tardes de invierno, tardes de invierno en Buenos Aires; calles frías, áridas y solitarias... tus tres millones de almas ¡padecen tantas hambres profundas! En tu corazón éramos como una doliente sangre, nosotros, los que teníamos menos de veinte años y un fervor desatado... los que sufríamos al ver holladas las causas justas...” (Op. Cit. p.146). Y naturalmente pronto surge la conciencia del sentido trágico del destino del hombre. Entonces es cuando se abrió paso el sentimiento de lo heroico.

Y aquí recuerda el autor **la historia de su intelecto** que es la historia de sus pasiones frente a los libros (Op. Cit. p.150). Pasión primero por William Blake, por Rimbaud, por Kierkegaard, el sentenciado a un eterno dolor de la conciencia, el que alzaba la voz en el desierto de su penosa existencia para proclamar que ser cristiano equivale a volverse el contemporáneo de Cristo, pasión por Nietzsche, por su desgarramiento en ese triste documento que es el “Ecce Homo”, pasión por Novalis, por Holderlin... Pero todo eso no bastaba.. Y la preocupación y el desasosiego rodeaban al autor. Se preguntaba qué le importaban a él los datos eruditos, qué le enseñaban aquellos aburridos profesores, qué les faltaba a aquellos hombres y lo que encontró es que carecían de vida. Si quería crear, necesitaba retroceder para tomar impulso puesto que ello significaba hacer pie en mayores conocimientos, en las cuestiones fundamentales, en las tradiciones, en una conciencia más clara de uno mismo. La literatura que había leído le había dado una vocación de inteligencia, una vocación por el pensamiento religioso, y la comprobación de la armonía que

vincula ciertamente todas las cosas creadas. Y entró en ello por el camino de San Agustín (Op. Cit. p.154). Y así estaba predispuesto a la fe: queriendo a Dios sin tenerlo, presintiéndolo sin sentirlo. Y después de San Agustín llegaron Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz: Estaba en la raíz de España. “Y al estar en la raíz de España estaba en la raíz de mi tierra, cerca de mi propia raíz.”(Op. Cit. p.156). Esa aspiración de plenitud llega luego a la teoría filosófica pero ¿qué duro le parecía al autor el discurso abstracto y qué ansias por tocar la esencia de la fuente viva! Regresó a los atormentados, a Kierkegaard, a San Agustín a Pascal... El terror al abismo. La desproporción del hombre. El hombre que es nada y que tiende a conocer el todo. Y entonces afirma el autor: “Yo estaba ahí, angustiado, sin fines, en mi ciudad, sin lindar con nada sino con los terribles medios que son los que tienen vigencia en la vida de los argentinos” (Op. Cit. p.159). Los **medios** o la falta de visión del todo, del vivir armónico. Medios de “conseguir” las cosas, en lugar de medios de “serlas”.

Según el autor habría un **hombre argentino visible y otro hombre no visible**, silencioso, laborioso. El primero buscaba la exaltación de los valores ficticios; el segundo era el auténtico. Aquellos hombres que vinieron buscando nuevas aspiraciones procedían de lugares en la mayoría de los casos en crisis. Tenían aspiración de crear, voluntad de acción. Todos estaban unidos por la ansiedad de dominio y poder. Pero algo grave sucedía: a medida que aumentaba el contingente humano, nuestra forma espiritual, afirma el autor, nuestra conciencia iba debilitándose y en vez de encontrar un orden nuevo, reproducían el malo Y así el encuentro de esos recién llegados no se produjo con la Argentina profunda, verdadera sino con la Argentina visible. Se había sustituido un vivir por un representar (Op. Cit. p.169). Todo era apariencia, no vida (Op. Cit. p.171). Y a este propósito se refiere cuando habla de que la falta de madurez en Argentina difiere mucho de la falta de madurez de los norteamericanos. “Quiero decir, afirma, que nuestro instinto es hijo de otra formación, sigue otra evolución, un camino diferente. Las diferencias entre el cuáquero puritano y el conquistador español fueron demasiado grandes para no pensar que gravitaron en formas esencialmente diferentes”. Los primeros estaban relacionados con una teología moral, los segundos, con una teología mística. “Los unos estaban enfrentados con un Libro; los otros, con el infinito. Si el libro es un hecho, el infinito es una aspiración pura. Del sentido del hecho nace la perfección en un sistema de hechos, pero de la otra llama es de donde surge....el hecho elevado a la categoría de expresión de un sacrificio, el hecho supremo y heroico: la gesta de Hernán Cortés... Tal es la bendición de nuestra herencia de España” (Op. Cit. p.174).

Así pues para el autor la **presencia de la raíz española** es evidente y profunda: “Si este hombre argentino visible no fuera adventicio y tuviera raíz, su raíz sería lo español. Entonces creería en los valores extremos absolutos, que son en último término los que he querido decir al hablar de fines. El español, ha dicho alguna vez un sagaz español, cree en los valores absolutos o deja de creer totalmente. Para nosotros se ha hecho el dilema de Dostoiowsky: o el valor absoluto o la nada absoluta. Pero para nuestro hombre visible lo absoluto no existe”(Op. Cit. p.177). El mundo ficticio había sustituido al verdadero y así, al empobrecer el cerco humano que rodea al hombre, se había empobrecido la propia vida. Ello no era un delito del espíritu, del alma, del intelecto, sino de la conciencia, era el delito de los que habían suprimido sus propias raíces. Y había que mirar con otros ojos más profundos y más difícilmente, con más consistencia para ver la forma interior de ese pueblo, para ver la Argentina invisible.

Y **¿cómo es esa Argentina invisible?** En primer lugar puntualiza el autor que no es producto de una visión simplista que diferencie entre el hombre del campo y el hombre de la ciudad. Es algo más. Lo que le atrae al autor es sobre todo la imperturbabilidad activa de ese hombre invisible. Y así lo define: grave, silencioso, alegre, activo, hospitalario, amistoso, solidario, justo, sabio, viril, templado, morigerado, y sobre todo “solitario ante una tierra que lo circundaba sin proporción, dándole sufrimiento no sólo material, sino de espíritu”. Y cuando lo halló sintió “el gozo extraño de hallar de pronto el objeto de un vago y hasta entonces no localizado amor (Op. Cit. p.187). Todas esas características las resume el autor en una expresión: **la exaltación severa de la vida**. Consistía ésta en un estar particular del hombre en el espacio que abarca tanto la realidad como la aspiración hacia Dios; exaltación es elevarse y el poder de elevarse, de exaltarse por una idea, por una fe, es la categoría que más diferencia a la condición humana del resto de las especies.

Cuando el autor tomó conciencia de ello se sintió lleno de desprecio y de amor, pero también se dio cuenta de la fertilidad del momento. Y llegó a la conclusión de que hay dos tipos de hombres: aquellos que conciben la grandeza como algo puramente individual y otros que sienten y viven para el género humano en el sentido de aspirar a que sea menos doloroso el vivir. La **grandeza** no es una simple ascensión individual sino que la imagen sugerida por el autor es la de una marcha. Al mundo externo le faltaba libertad, conciencia y era necesario crecer en el sentido de la libertad interior y de la conciencia de esa libertad; pero el proceso de crecimiento y maduración que conduce a

la armonía implica sufrimiento y dolor “Como los hombres, los pueblos que no han sufrido sólo conocen una grandeza pequeña” (Op. Cit. p.204). Para todo ello era necesario algo más que la lógica y el conocimiento.

En esa **búsqueda de la autenticidad** y en esa conciencia clara de que el país no crece por fuera sino con el crecimiento de cada uno llega a la conclusión de que se insiste poco en la reflexión sobre los dos focos antagónicos, las dos cruciales antípodas de América: el fenómeno puritano y el fenómeno hispánico. La perpetua libertad, el estar sin cadenas, sin miedos, sin compromisos procedía sin duda del eterno espíritu de la hispanidad “según el sentimiento de eternidad que alienta en el alma original del mundo hispánico. Y ya sabemos que los pueblos son grandes o pequeños en la medida de su propio sentimiento de eternidad. ¿No se creía Alonso Quijano tan duradero como la eternidad y tan duradera Juana la Loca y Hernán Cortés tan duradero?... Pero estaban hechos de prodigalidad de sí y de libertad, y en esa medida su destino no tuvo límites... Hechos de raptó e infinito como las tierras, los mares, las nubes; hechos de aspiración eterna. Y he aquí la diferencia entre dos tipos de humanidad: los unos para los cuales la vida es un mucho potencial entre dos nada; los otros para quienes la vida es una nada enojosa, entre dos abismos de grandeza eterna. No sé si lo primero pertenecía por entero al mundo sajón; pero lo segundo sí al mundo hispánico” (Op. Cit. p.204). Y todo esto lo sintió Mallea, lo amó Mallea en una mujer.

Esa condición de saber morir, vivir con riesgo sometién dose a un fin principal, país alguno lo tiene como los españoles Y afirma: “A través de su grande y su pequeña historia, imaginada en su Greco o en su Goya, en la llama mística o en la sangre del espectáculo taurino, el español no es grande por el modo de adorar su vida, sino por el modo como la desprecia al servicio de un honor mayor, lo cual deviene el mejor modo de exaltarla, de consagrarla. Es decir, lo contrario del puritanismo” (Op. Cit. p.244). El fin de la vida del puritano es el ahorro y ello es lo contrario del desprendimiento de sí y la libertad, que en el genio hispánico existen siempre como heroísmo; además ahorro y circunstancia son ataduras. Aquellas gentes atadas por una moral inmutable ignoraban que lo propio de las Escrituras es su lección de constante mutabilidad “Nada se da en estado puro en el hombre; todo en él tiende a regenerarse, todo está en trance de hacerse eterno y el hombre no es tradicionalmente nada sin el tránsito de eternidad” (Op. Cit. p.244-5).

Así es como llega el autor a señalar la **libertad y la donación** como las constantes presentes en esa Argentina invisible, en esa verdadera Argentina.

“Herencia del hombre hispánico, herencia de la desmesura en la pasión, patrimonio de una naturaleza no atada por las reglas de un práctico puritanismo” (Op. Cit. p.250). Toda la naturaleza de la argentinidad es el ánimo de donación ya que antes de haberse emancipado ya estaba en la inteligencia de los primeros argentinos el comunicar esa emancipación a otros pueblos y ese gesto de dar es la primera manifestación de la fe. Y también es del pueblo argentino el ánimo de la libertad.

A los treinta y tres años de vida el autor se da cuenta de su necesidad de encontrar al hombre interior, al hombre nuevo del que habla San Pablo (Epístola, IV, 24) “De todo lo que tengo no quiero más que mi aspiración. Arrojo todo lo demás, lo tiro, no quiero más que eso: mi aspiración” (Op. Cit. p.284).

Ha hecho su camino de Damasco y ahora quiere la verdad solitaria; ahora está solo. Pero cuando uno se ha desterrado toca fondo, llega a lo más profundo; también los países tiene dos regiones: la apariencia física y la parte profunda, su territorio espiritual. Así se llega a esa íntima fusión con la tierra. “Toda mística se origina en la soledad de un corazón y esa soledad, lejos de aislarnos fundamentalmente, nos comunica más profundamente con todos” (Op. Cit. p.293). “Pueblo profundo de la Argentina, lo que vale en ti es tu exaltación severa de la vida. Lo que eres, en verdad, es eso”(Op. Cit. p.293).

Pero cuando uno descubre la verdad, con frecuencia llega al dolor: “Llorábamos yo y la noche”; sin embargo del destierro se vuelve lleno de amor y así su gesto al final de esta aventura, de esta obra, no es el de la caída, el de la desesperanza, el del miedo, sino el de aquel que tras la noche y el sufrimiento va más allá, incluso hasta el combate, la intrepidez y la alegría.

En este recorrido por esa *Historia de una pasión argentina* hemos visto su germen: el grito de dolor y amor por la tierra amada del que surge la obra. A continuación y en un género que podríamos definir como el ensayo autobiográfico, el autor recuerda su infancia, su adolescencia, su juventud y se detiene en su historia intelectual. Ahí descubre su raíz hispánica, su encuentro con la tradición española. Se da cuenta de la importancia de los medios y así llega a la configuración de lo que él denomina hombre argentino visible frente al argentino no visible. En éste descubre su raíces españolas. Define la Argentina profunda y la exaltación severa de la vida como resultado de la búsqueda de la autenticidad y especifica la donación y la libertad como las dos elementos que configuran la argentinidad.

Y bien, hemos visto como la donación y la libertad, según Mallea elementos definidores del verdadero espíritu argentino, se vinculan sin duda con el sistema de creencias hispánico. Pero para entender esta afirmación nos detendremos algo en la explicación de la divergencia entre sistema de ideas y creencias. En *Ideas y creencias* Ortega y Gasset proponía que en toda forma de vida humana las creencias son mucho más fuertes e importantes que las ideas. Las ideas tiene la función de suplir las creencias cuando éstas nos faltan. Según el filósofo y escritor Julián Marías, discípulo de Ortega y Gasset, las sociedades occidentales habían vivido de manera credencial hasta el siglo XVIII (Marías, Julián, *Ser español*, Madrid, Planeta, 2.000, p. 184 y ss.); a partir de este siglo progresivamente se va intentando vivir de ideas, de filosofía. Y aquí comienza la anomalía hispánica. La innovación de España, desde su constitución como nación en el siglo XV, había sido asombrosa pero de carácter práctico: invención de la nación y de la supernación, extensión de su lengua a otros pueblos, capacidad de engendrar su cultura en otras, desarrollo de técnicas de navegación, militares, políticas, gran florecimiento de la expresión artística y religiosa originales; en cambio España fue tardía en llegar a una expresión filosófica. Y así mientras en otros países europeos se usaron las lenguas vernáculas para el pensamiento filosófico, España seguía usando el latín de manera que se puede afirmar que el mundo hispánico en el siglo XVIII no dispone de un instrumento que le permita ejecutar adecuadamente la operación que se realiza en Europa: el paso de una vida definida por las creencias a otra condicionada por las ideas.

Pero, y en ello estamos de acuerdo con Julián Marías, ha sido un error histórico el desdén por el sólido sistema de creencias que ha servido de columna vertebral a las sociedades hispánicas. En primer lugar porque siempre son las creencias el fundamento primario de la vida. En segundo término porque al rechazar ese sistema de creencias se ha desdeñado la vitalidad de los pueblos hispánicos, tan superior a la de otros muchos. Por otra parte en el Mundo Hispánico se han engendrado ideas de extremada originalidad, capaces de inspirar una nueva forma de cultura. Afirma Marías que cuando se tropieza con el racionalismo, cuando se observa que éste deja fuera zonas esenciales de la vida, cuando la abstracción y el reduccionismo empobrecen la realidad o la esquematizan, han sido pensadas originalmente en español ideas que dan la vuelta a esa experiencia resultado de lo lógico y lo excesivamente racional e incluso que la incluyen y la superan.

En suma, las ideas nunca podrán ocupar el lugar de las creencias y pretender vivir fundamentando la existencia en ellas termina siendo una idea falsa ya que no colman el corazón del hombre.

Libertad y donación, herencia del sistema de creencias hispánico.

Donación, que es fruto de la fe, y libertad que según Mallea, “es tan grande cosa que solo por ella fue un Hombre apresado en el huerto de los olivos y muerto a la caída de la tarde, una víspera de sábado” (Prólogo a *Historia de una pasión argentina*, op. Cit., p. 121); libertad, según Cervantes, “uno de los dones más preciosos que a los hombres dieron los cielos; por ella así como por la honra se puede y se debe aventurar la vida”.

Eduardo Mallea tuvo la capacidad de captar en toda su profundidad ese sistema de creencias hispánico, tantas veces desdeñado, despreciado, incluso rechazado.

Eduardo Mallea supo comprender y ver todo, es decir la vida en toda su riqueza de amplitudes y matices, como lo hizo Cervantes después de tantos infortunios, de tanta pobreza, de tantas cárceles, pero también de tanto amor; como lo hicieron los de la generación del 98, después de tanta pérdida, de tanto sufrimiento, pero también de tanta esperanza.

Eduardo Mallea amó con intensidad a su patria, que él quiso heredera del mundo hispánico, el cual a pesar de los tropiezos, de los desengaños y de las limitaciones, conserva asombrosamente un fondo de creencias predurables, vitales y llenas de eternidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Jaime, Helios, “Formas de pensamiento en la estilística de Eduardo Mallea”, *Mar Océana*, Madrid, (En prensa).

Mallea, Eduardo, volumen I de su *Obra Completa*, Buenos Aires, Corregidor, 1986.

Marías, Julián, *Ser español*, Madrid, Planeta, 2.000.

Picón Salas, Mariano, Prólogo a Mallea, Eduardo, volumen I de su *Obra Completa*, Buenos Aires, Corregidor, 1986